

La isla

La pista empieza en la misma orilla y celebramos tocar tierra porque parecía que rozábamos ya el mar en la llegada a pleno sol en el avión. El calor repentino se hizo insoportable en la larga espera de los controles. Recordé en qué lugar llevaba el bálsamo para calmar las picaduras de los mosquitos. El hechizo del contraste haría de mi estancia una mágica embriaguez los primeros días.

Cogí un taxi a la playa de Kuta y mi mirada se perdió a uno y otro lado de su vastedad. Me dirigí hacia Leguián por esta fina arena desde donde no se ven edificios entre el mar y las palmeras. Las pulgas del mar se apartaban a mi paso introduciéndose en sus agujeros. Vi alguno de esa raza típica de perros de la isla. Había caminado una hora cuando empezó a hacerse penoso el calor y me tumbé en la orilla apoyándome en los codos.

Había permanecido así un buen rato cuando me di cuenta de que estaba a la altura del hotel Oberoi, en Kayu Aya, y decidí comer en la cafetería de esa bella construcción típica de caña y bovedas.

El sol estaba ya bastante alto cuando decidí emprender el regreso y pronto vi acortarse la distancia que me separaba del Sunset Cottage donde esperaba encontrar a Asro. Estaba allí tumbado en la orilla de manera que las olas le refrescasen intermitentemente. No se levantó pero alzó la mano cuando me distinguió y siguió mis pasos hasta él.

—Bienvenido a Bali—, dijo él.

—Me alegro de verte—, dije.

Esa noche hubo una fiesta. La luna brillaba por encima de las palmeras sobre el acogedor jardín. La casa balinesa brillaba como decorado de mitos. La música empezó a sonar con fuerza y animó a los invitados a bailar con gran frenesí. Asro mordía el aire con apetito insaciable y todo su cuerpo lo penetraba como un mar de placer. Se remangó los amplios pantalones y sus musculosas piernas bailaron con carnal sensualidad. No dejaba de relamerse con la lengua y los demás parecían bailar iluminados por un resplandor que hacía realidad una imposible reunión de dioses bucólicos.

El murmullo de la fiesta me perseguía después pero no tardé en quedarme dormido porque estaba muy cansado. Sin embargo ciertos últimos pensamientos me debieron perseguir en mis sueños porque una pesadilla me haría incorporarme sobresaltado. La cosa fue bastante grave porque perdía la vida de una forma espantosa. Los contornos del sueño empezaron por una circunstancia normal. Estaba en la casa de mis padres en El Escorial y pasaba un hermoso y apacible fin de semana como los que recordaba de la infancia. Hacía un sol radiante como los de allí en verano. Mi hermana mayor, una antigua amiga suya y mi hermano estaban en la piscina. Sin embargo todo era más grato que de costumbre pues, olvidando nuestra antigua rencilla, mi hermano y yo cruzamos unas breves aunque amistosas palabras. Éste debió ser el elemento extraño y primer peldaño de una progresión geométrica de lo insólito, sin que pudiera yo hacer nada por detener los acontecimientos. Todo era especialmente grato, repito, y para completar mi paseo me esperaba la distraída y ociosa ocupación de inspeccionar el nuevo pabellón de abajo que se estaba terminando de construir y no conocía. Era bonito y sentía un grato frescor. No me llamó la atención la irregularidad de las estancias y de las puertas. Atribuía su caprichosa disposición a que se trataba de un pabellón de recreo. Por fin, buscando la salida fui a parar a una gran estancia con una amplia cúpula iluminada. Estaba aún en construcción y había allí un hombre trabajando sobre un andamio. Esto era ya totalmente irreal porque no podía haber en el pequeño pabellón de jugar que permitían los límites del terreno. Entonces una de las paredes todavía húmedas de la estancia se agrietó dejando penetrar una tierra arcillosa. Salimos fuera. Se trataba de un extraño fenómeno. Por el contorno de la colina que bordeaba la depresión donde nos encontrábamos, un desbordamiento de agua arrastraba las arcillosas tierras limando aquella altura hasta que pudimos ver. Era el mar y allí no había mar. Tras dirigirnos una mirada

que nos unió, aquel hombre y yo corrimos chapoteando hasta dos árboles que nos protegerían de ser arrastrados por el lodo de los últimos desterramientos que cubrían ya toda la ladera en su descenso. La vista nos permitía ahora ver una gigantesca costa y otros incontenibles desbordamientos. La vaga ilusión que había supuesto aquellos árboles se disipó de inmediato. Pero por un momento la visión que íbamos a tener nos dejó absortos. Figuras descomunales sobresalían de las aguas con las distintas maneras con que se rendían a la muerte, pues iban a ser cubiertas por las aguas irremisiblemente. Entonces aparecieron grandes letras brillantes cubriendo los cielos, que se habían tornado siniestros, diciendo: «El juicio de la razón ha muerto». Y tras esfumarse, como si de fuegos artificiales se tratase, fueron reemplazadas por éstas: «Es la paz de acero». A continuación se produjo un estruendo que desgarró los aires. Una gran ola se acercaba a nosotros, pero, mientras aquel hombre echó a correr hacia ella con los brazos abiertos gritando a todo pulmón: «Gracias Señor, gracias Señor», yo huí en dirección contraria resbalando en el barro presa del pánico. Lo último que recuerdo es a mí mismo ahogándome en aquellas aguas, rebelándome en la más furiosa desesperación.

Todo esto pensaba en la apartada cafetería del hotel Oberoi adonde la rutina había guiado mis pasos esa mañana. Cuando me cansé de la penumbra de aquella agradable sombra inicié mi regreso. Volví sobre mis pasos e inevitablemente acabé distinguiendo el pequeño grupo del Sunset. Una irresistible inercia me haría sentarme junto a Asro al llegar allí. Fatalmente Sandra yacía a su lado completamente desnuda. Mis ojos pudieron moverse con libertad detrás de los cristales de espejo de mis gafas de sol. Qué maravilla. Era rubia, pero no con esa blancura que distingue a los países nórdicos, sino de un dorado intenso al que acompañaba el bronceado de su piel. Su rostro de mujer niña tenía la expresión más dulce y al mismo tiempo adulta. Sus pechos eran perfectos y correspondían a aquel cuerpo delgado de muñeca. La cintura, las caderas, los esbeltos muslos que se unían en el dorado vello del pubis, completaban aquella bella figura que me hizo pensar en la diosa Diana más que en un ser humano.

Cuando ella se dirigió a mí recordando la noche pasada me ruboricé como un niño y mi corazón se aceleró. Mis ojos se humedecieron detrás de mis gafas oscuras. Sentía que soñaba pero repondí.

—Tú estabas preciosa. Te estuve mirando—, dije yo.

Después de alguna pregunta convencional me invitaría a seguirla al baño. De pie era todavía más bonita y sus senos se movían un poco mientras penetraba en el agua; también observé su firmeza. Yo veía en estas suavidades más feminidad. Yo estaba alegre pero me preguntaba si serían sólidas mis esperanzas pues ya me perdía en la agitación de las más locas ilusiones.

El mar había perdido el tenebroso aspecto con que yo lo había mirado esa mañana y las olas al romperse me recordaban a una inocente cascada; pero procuraba evitar mirar hacia el horizonte, pues aunque mis sentidos se habían extraviado en aquellos fantásticos hechizos, todavía sentía miedo y una abstracta amenaza a mis espaldas, debido a la pesadilla de esa noche. Procuré apartar de mí los pensamientos funestos deteniéndome en la ciega contemplación de aquella belleza. Lograba sonreír correspondiendo a su gozo infantil y cuando me pidió que la sujetara de las manos para flotar sintiendo la corriente, pero sin ser arrastrada por la ola, cerré los ojos y respiré hondo con aceptación. Este instante se gravó en mi mente como una escultura. Cuando se puso de pie decidí jugármelo todo y, sin pensarlo dos veces, me acerqué a ella, le rodeé la frágil cintura y la dije con gravedad que la amaba.

—Yo también te amo—, dijo ella.

Cerré los ojos de nuevo suspirando perceptiblemente y nos dirigimos a la orilla. Asro había seguido la escena con detalle y cuando nos acercamos a él sonreía maliciosamente.

—Cerrad con un broche de oro vuestro encuentro y haced el amor ocultándoos detrás de los cocoteros—, dijo él.

—No hay prisa. Si nuestro amor tiene que vivir—, dije yo.

La presencia de Mune vino a dar una salida a nuestro comprimido pensamiento, que giraba ya sobre sí mismo, devolviéndonos a una normalidad más serena. Pronto mi natural impaciencia para la arena, mi temor a las quemaduras del sol y un conjugado apetito me haría levantarme y sentarme cómodamente a la sombra del Jungle para propinarme el pescado mejor cocinado de la isla, churruscado y crujiente en la superficie, al estilo del lugar, pero con abundante carne en el interior, con una salsa alimonada, cuya amargura hacía el bocado exquisito, y ni una sola espina. Unas tortitas de plátano, un café terminarían esta colación con que

celebraba tan feliz encuentro. Sandra me deslumbraba con aquella camiseta blanca y sus pantalones cortos de dorado satén.

—Quiero que me acompañes y descansaremos. Tenemos que hablar—, dije yo.

Tumbarme en la cama en la penumbra de mi habitación era una costumbre que debía sin duda a mis antepasados españoles. Hacer lo me garantizaba la más apacible sobremesa; no hacerlo me exasperaba. Así se lo explicaba a Sandra haciéndole ver mis limitaciones hasta que fui interrumpido con brusquedad.

—Habla—, dijo ella.

—Europa—, dije, —atiborrada de ideales telúricos y la intermitencia frecuente de la guerra, se vio obligada a despreciar lo inmediato. En Arabia, el profundo cultivo de las capacidades de disfrute, entendido como un elevado refinamiento del ser, hizo del gozo la dignidad más humana. Desde los confines del Mediterráneo hasta las Indias orientales y el sureste asiático los hombres comprendieron que el entretenimiento del espíritu era su más divina ocupación en este mundo. Yo vivo en Africa.

—Un hombre que vive entre prodigios está cerca del Señor. Te comprendo—, dijo.

Así fue como ella y yo nos conocimos y nos aceptamos. En muchos casos el proceso de una pareja encuentra ciertos obstáculos pero nosotros parecíamos haber nacido el uno para el otro. Formábamos una afortunada pareja y a cada paso podíamos confirmar la suerte de tenernos. Era una gloria para mí su presencia y también lo era la mía para ella. Éramos tan difíciles que habríamos perdido la esperanza de encontrarnos. Todo era perfecto y es que Bali acoge con benevolencia a los amantes.

Sin embargo no era el Paraíso y tuvimos que pagar nuestro tributo a la adversidad. Sandra resbalaría en la habitación y se le torcería un pie quedándosele cruzados los músculos. Sólo las manos expertas de un curandero pudieron volverlos a su lugar. Yo tuve una infección de muelas pero Binnie me había pasado la dirección de un buen dentista chino en Denpasar. Estos incidentes nos alegraron por un lado al creernos libres por un tiempo de la mala suerte y los días transcurrieron apaciblemente entre despreocupados quehaceres. Parecía que podíamos tocar las estre-

llas entre las palmeras en esa posición irreconocible de esta parte de la Tierra. El toke con su canto de buen augurio nos hacía felices promesas. Y cuando nuestros días se hicieron rutinarios seguíamos sin tener ningunas ganas de marcharnos. Aceptábamos esa moderación con que transcurrían las horas y una común sencillez de ambiciones parecía haber puesto nuestras vidas en su lugar. Pero un día, como si no tuviéramos bastante con vivir la vida que habíamos encontrado juntos, la maldición se abatió sobre nosotros.

Un australiano jovencito, de los que vienen a pasar una semana o dos, estaba sentado a nuestro lado esa noche en casa de Claude. Éste oyó a Sandra decirme que tenía que ir a casa para una cosa de su necesidad íntima. Él insistió en llevarla en la moto y ella aceptó porque aquí la moto es el vehículo normal. El accidente sería una tontería, pero la caída fatal, pues la cabeza de Sandra vino a dar contra una piedra. Algo me inclinó a creer que ella había muerto cuando el joven se me acercó con cara de bobo y de buey degollado.

Asro se ocupó de todo y yo agradecí a Binnie, Mune y Corinne que velaran conmigo esa noche y me acompañaran en ese insoportable dolor del que debía defenderme para evitar el resquebrajamiento interior. Era como si alguien me hubiera agarrado por las partes sensibles produciéndome un dolor atroz. Tenía que hablar y aferrarme a la familiaridad de las palabras. Sin embargo dije en mi delirio algo que nunca olvidaré y que me ayudó más que los solícitos cuidados de Corinne y las atenciones de Mune y Binnie.

—Y ahora que os cuento esto desde el cielo, para consuelo y entretenimiento de los que todavía estáis en la tierra, y gozo de una dicha que no tiene fin, invitado a su Reino; ella está junto a mí, con su mismo cuerpo, aunque ya no es material, y los cantos de los querubines nos embriagarán eternamente.

Así hablé rompiendo el silencio entre lágrimas que me aliviaron, y sería bien entrada la mañana cuando me quedé dormido. Cuando desperté Binnie me mostró un afecto que me enterneció. No me había equivocado al concederle toda mi simpatía. Asistimos juntos a la puesta de sol mirando fijamente en silencio y luego él me dijo que se le había muerto en los brazos un hijo de cuatro años.

Este triste suceso me hizo pensar en abandonar la isla enseguida, pero Asro me aconsejó que no lo hiciera y que pasara allí mi duelo, pues de lo contrario me seguiría adonde fuera. Me pareció encontrar sentido a sus palabras y como mi visado no expiraba hasta tres semanas después decidí esperar. Mi amargura fue también dulce aquellos días que siguieron, pues aquellas palabras, con su sentido mágico aunque inde demostrable, bullían en mi pensamiento y hacían todavía más hermosa aquella isla que fue la tumba de mi amor.

LEÓN LEAL